

Dos manos juntas

El Nacional.

El Metro de Nueva York da la medida de la prisa de nuestro tiempo. Ha eludido el tráfico de las calles, ha buscado la línea recta y se ha hundido en la noche oscura y larga de un túnel sin fin. Hombres con prisa, mujeres con prisa, jóvenes con prisa, entran con la angustia de salir. Las luciérnagas de luz marcan etapas de este topo ciego que está condenado a vivir en la oscuridad. Al sol le van cortando las manos, los pies, la cabeza en cada tramo de escalera que va enterrándose, y cuando llega el tubo serio de la prisa no queda rastro de él. Los vestidos de las gentes se tiñen de oscuro; las caras se alargan, las mejillas pierden color, los pulmones respiran mal, todo trepida a su alrededor, y con la sensación de estar cayendo a pedazos, se meten de cabeza en el vértigo asombroso de la velocidad con ansia de escapar de una preocupación: el tiempo.

* * *

A las 5 de la tarde, todo el mundo se entierra en Nueva York. Esa es la impresión del que queda al margen de la avalancha. Los enormes rascacielos van escupiendo enanitos llenos de prisa y envueltos en prisa, guarnecidos con anteojeras que no se ven, pero que se adivinan enfilando las entradas del metro. Esas procesiones apresuradas de prisa diabólica se hunden bajo tierra y llenan los andenes de gente apretujada, que con la falta de espacio va perdiendo el brillo artificial de las conveniencias sociales y va adoptando aires fieros de animal. Personas de exquisita educación en los salones, pisa y codea cuando no hay tiempo de jugar con equilibrios intelectuales, ni hay sitio tampoco para actuar con balancín. Ancianas desesperadamente asidas a sus sombreros con miedo de perder sus pelucas, otras más jóvenes defendiendo con igual coquetería su peinado, hombres colgados de sus carteras como de sus negocios, todos rinden su homenaje a la fuerza animal de la prisa.

* * *

Yo no entré ese día en el vagón del Metro. Me metieron. Fuí unos diez metros como en vilo y me sentaron entre un Pastor protestante y una mujer. El Pastor cerró los ojos, y creo que empezó a rezar. Entonces me fijé en el perfil de la mujer a mi izquierda. Era joven y bonita. Pero de esas jóvenes y bonitas de verdad, sin trampas de rojo en los labios, negro en los ojos y blanco de arroz en las arrugas. Estaba seria y erguida mirando de frente como si aún llevara encima las anteojeras. El pasillo estaba lleno de gente de pie, agarrada a los asideros como de un clavo ardiendo, guardando un difícil equilibrio y exhibiendo carteras, periódicos, cantinas de metal y algunos sombreros. Pares inquietos de pies bordeaban los asientos dando pasitos de ciego. El hombre que estaba frente a la

joven, combado como una caña, acertó a pisar sus pies. El caballero se excusó; la joven se sonrió, retiró un poco más los pies sin mover la cabeza. Llevaba unos zapatos blancos sin tacones y un vestido también blanco. Entre el vestido y los zapatos apenas descubrí diez centímetros arriba de los tobillos, cimienta de mujer con merecimientos de silbidos caraqueños y hondos. Siempre de reajo, busqué sus manos. Una la tenía sobre su falda, crispada sobre una carterita blanca con una M pequeña de plata cerca del borde. Busqué la otra mano, pero no la ví. La supuse asida al asiento. Me imaginé que se llamaría María, o Marta. Aquel oro de su cabello, aquel blanco de su vestido, reclamaban un nombre bonito, desde luego.

Fué al llegar a una de las estaciones. El vagón rechinó, como adolorido; sacudió su carga, como para hacer más sitio, y todos tuvimos que excusarnos un poco con los vecinos de asiento. Y vi la otra mano. Estaba agarrada a otra; una mano llena de pelos y de venas azules. Era la del hombre sentado a su lado. Me dió un vuelco el corazón. Aquel abrazo de manos era un verdadero pecado de estética y signo de quien sabe qué pecado mayor. Entonces quise descubrir el brazo sujeto a aquella mano, el cuerpo y la cabeza de aquel hombre que tenía en ese éxtasis quieto a la joven. Detrás de su espalda erguida, una chepa de viejo. No una joroba de contrahecho, sino hecho de ese cartón que ha doblado la vejez. Y ví su sombrero nuevo; y sus canas, y su cuello arrugado, contrastando con su cuello blanco y rígido de almidón. No acerté a ver su cara. Me la imaginé maliciosa y sensual, con mirar inquieto y celoso de sátiro. Y volví a mirar a la joven; a sus zapatos blancos, a su vestido blanco y nuevo, a la cartera con inicial de plata. Y quise tasarlos a precio de vergüenza. Y volví a descubrir sus manos, juntas en un abrazo sucio, sin ningún recato. Las observé durante un rato buscando un gesto de pudor de la mano blanca y fina hundida en aquella mano sarmentosa cubierta de venas abultadas como varices. Pero estaban juntas, tranquilas y sosegadas, como si su sangre corriera a impulsos del mismo latido. Volví a escrutar su perfil. Ella seguía mirando de frente, como fascinada. Ni por un solo momento miró a su compañero. Pensé que es un rasgo de la condición humana controlar la cara y dejar sueltas las manos. Sin embargo, las manos dicen mucho más que la cara de una ansiedad, de una emoción. Y la mano de la joven seguía atada a la mano áspera del viejo.

Y se levantaron. Primero él, después ella. Y ví los ojos de la joven por primera vez. Unos ojos que no podré olvidar nunca. Fué durante sólo un momento, pero quedaron grabados en mi memoria. Unos ojos verdes, grandes y hermosos. Pero de un verde como el verde uniforme del mar en algunos atardeceres tranquilos del estío. Y se fueron. No les ví más. Se abrieron lentamente paso entre la gente, y pronto arrancó el Metro con la misma avidez de distancia que cuando ellos iban dentro.

Y me tocó bajar a mí. Salí de allí casi con la misma prisa con que entré. Caminé lentamente observando escaparates, observando la prisa de otras gentes. Cuando uno trata de caminar despacio después de haberse visto forzado a correr tan aprisa, tiene la impresión de que alguien le está empujando por detrás. De la misma forma que se balancean los marinos al caminar en tierra firme, los habituales del Metro tienen aire de caminar frenando. Y ví aquellos ojos otra vez; los mismos ojos verdes de la muchacha. Quedé clavado donde estaba. Alguien me empujó y se excusó. Yo quedé quieto como si me hubieran vuelto de piedra. Y traté de excusarme a mí mismo por el pecado que

cometí al juzgar. No eran los mismos ojos, pero eran idénticos. Sólo que éstos estaban en un escaparate de Optica y eran de cristal. Y entonces comprendí que aquellas manos se unían al impulso tierno de la misma sangre.